

RESEÑA DEL LIBRO
EL MITO DE LA MANO INVISIBLE
(Autor: Alessandro Roncaglia,
Geneuve Ediciones, 2011)

FERNANDO G. JAÉN COLL*

Jordi Pascual, que acumula una gran labor profesoral y de traductor de obras de economía, además de ser buen amigo, ha puesto al alcance del lector español, lo que nos augura una lectura clara, correcta y placentera, *El mito de la mano invisible*, ensayo del profesor Alessandro Roncaglia (Geneuve Ediciones, 2011), que acaba de publicarse en España, aunque vio la luz en Italia en el año 2005, lo que conviene resaltar y lo hace el propio autor en el prefacio a la edición española, porque tiene que ver con la crisis económica actual y fue publicado antes de que se reconociera ésta, casi antes de que se dieran los primeros indicios. En el mismo prefacio, agradece el autor la edición de Jordi Pascual, que ya vertió al castellano su obra magna *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006. Puede verse mi comentario en SYN@PSIS n.º 30, septiembre-octubre 2007).

La tesis principal del libro queda expuesta en la introducción: «existen al menos dos ideas de libertad económica: dos tradiciones culturales que desembocan en dos nociones bien distintas del mercado y de su capacidad de autorregulación.» (p. 16) Una de ellas sería una «visión idealizada de la “mano invisible del mercado”» y la otra la economía de mercado positiva, a la que viste con los atributos de compleja, no mecanicista y ajena a todo fundamentalismo. La primera es la dominante, la del *mainstream* de la economía académica, la del *laissez faire, laissez passer*, que se pretende

* Profesor Titular del Departamento de Economía y Empresa de la Universitat de Vic.

hoy como el pensamiento único en economía, pues la reconstrucción de la historia del pensamiento económico que ha conseguido eyecta despreciativamente cualquier otra interpretación según nuestro autor.

Contrariamente a lo que pueda pensar el lector inadvertido (o el advertido lector de SYN@PSIS n.º 30, que no lo hubiere retenido), lo de la «mano invisible» es expresión que Adam Smith utilizó muy limitadamente, como recogíamos en el comentario a la obra magna de Roncaglia y añade aquí, a fin de deshacer entuertos, que constituye una clamorosa falsedad, atribuirle la tesis de la «mano invisible» al padre de los economistas (p. 17). La contraposición que establece nuestro autor es entre la concepción de la libertad económica de la «mano invisible» y la que él califica de «genuinamente smithiana» (p. 19), considerando a esta segunda (la clásica) como interpretación más sólida del funcionamiento económico que no la corriente dominante la marginalista o neoclásica. Y tanto o más interesante, es atribuir al liberalismo «smithiano» una tendencia a «expandirse en la dirección del liberalsocialismo, a fin de asegurar la “sostenibilidad social” de la economía de mercado» (p. 21), reconociendo aquí a ésta como la única, en tanto parecía haber combatido en otros párrafos de la introducción el carácter exclusivo de ésta o habiendo llegado a decir que «la tesis milagrosa del mercado no puede aceptarse con los ojos cerrados, porque está equivocada.» (p. 18). El peligro de equívoco es grande al contraponer dos corrientes de pensamiento utilizando un vocabulario prácticamente idéntico y con el añadido de haberse atribuido por el uso la expresión «mano invisible» a quien Roncaglia sitúa en una posición contraria.

De manera que entran en la polémica el liberalismo en sentido amplio, no sólo económico; la concepción neoclásica —representante del liberalismo presente—; el mercado y su capacidad de autorregulación, distintos según una que él considera idealizada la de la «mano invisible» o la otra, la que él ha calificado de economía de mercado positiva y a todo ello se añade confusión al adentrarse en el terreno político introduciendo el principio de igualdad de Bobbio, calificando de «progresista/de izquierdas» la idea «smithiana» de la libertad económica y proclamando que «el verdadero objetivo de este ensayo es favorecer la superación

de las confusiones y de los errores que surgen cuando en el campo de la izquierda se identifica la adhesión a la economía de mercado con la adhesión al liberalismo del primer tipo» (p. 20). Planteadas las ideas principales así sea sin deslindes claros, el resto del ensayo deberá venir en ayuda del lector y corroborar nítidamente lo que en la introducción haya quedado embastado.

El profesor Roncaglia domina ampliamente la historia del pensamiento económico y posee una erudición en la historia de las ideas que le permite incidir en aspectos que trascienden lo consabido y puede hacer fácil al lector la aprehensión de sus ideas y la reflexión; así, por ejemplo, cuando señala que «la división del trabajo es al mismo tiempo fuente de la riqueza económica y de la estratificación social, de bienestar y de alienación» (p. 23). Sobre este último término, en nota al pie (en página 26) hace un sucinto recorrido histórico dejando claro que no pertenece a Marx el origen del mismo. Mas, guiado por la opinión de este o aquel pensador en torno al concepto que él refiere a la actualidad, no se adentra en la prueba factual, quedándose en el plano de las opiniones, de ahí que este libro sea más soporte a sus ideas políticas que un texto propiamente económico.

El profesor Roncaglia busca, persigue, desea que la socialdemocracia quede justificada por la autoridad de la tradición de un autor hasta ahora utilizado por los defensores ideológicos del libre mercado, y para ello pone sobre el tapete la ignorancia de quienes hacen uso alegre del pensamiento de Adam Smith y de una expresión que no tendría la significación pretendida por estos. El matiz no es baladí, pero las posiciones subyacentes no quedan desmontadas por ello en lo que a realidades del comportamiento económico atañe; siguen en pie, con sus ideas, así las defiendan con alguna torpeza, quienes creen que el puro mercado es la mejor guía para asignar económicamente los recursos (su no existencia real no empece que teóricamente se le pueda considerar como tal), frente a quienes, defienden la necesidad de la intervención pública para corregir las desigualdades sociales y la más correcta adscripción de los recursos productivos (así sea habiendo de reconocer que la realidad ha mostrado la cara amarga de la puesta en práctica de estas ideas, pero que en el plano teórico resonaban halagüeñas). La reducción del liberalismo que practica

Roncaglia, deja de lado a una parte de la escuela austriaca (von Mises, entre otros; y no falta hoy literatura al respecto, incluso en la vertiente de Historia de las ideas, que es la especialidad de Roncaglia).

El error es mayúsculo en unos y otros al no querer mirar de frente la realidad, más allá de todo cuerpo de doctrina o tradición de pensamiento. Nuestro autor no ha leído a Galbraith (liberal a su manera, como bien le reconoce Ralf Dahrendorf) o lo menosprecia, cuando es Galbraith, en su libro *La Economía y el objetivo público*, el que más se aproxima a la explicación de la realidad económica, estableciendo dos subsistemas: el de planificación y el de mercado, introduciendo la raíz de todo comportamiento social: el poder; el poder entretejido con los intereses de quienes tienen la capacidad de imponerse en las decisiones económicas públicas y privadas. Que la libertad es el bien preciado no precisa hoy de la argumentación smithiana, aunque sea bienvenida, y también la reconoce Galbraith, y éste, como aquél, considera que se requiere un cierto nivel de renta para poder ejercerla.

La división del trabajo aporta aumentos de productividad, nos dice Roncaglia en la mejor tradición (a condición de que los gastos de coordinación no los absorban, digo yo), como se ha puesto de manifiesto en las economías no planificadas y su contrario, diría yo, se ha manifestado en las planificadas, si entendemos por coordinación el conjunto institucional necesario, pues ya es que los economistas se entretengan con la aséptica palabra «coordinación», un eufemismo, siendo que no se trata de decisiones coordinadoras sino de pugna e imposición. Al final del capítulo 2, nuestro autor admite que el mercado puede funcionar bien, aún sin ser necesariamente óptimo como lo exaltan los defensores del mercado de competencia perfecta.

Estamos ante un libro magnífico para polemizar, para debatir en torno a cuestiones claves, al margen de datos y arriesgando mucho el autor, por ejemplo al adentrarse en la dicotomía innato/adquirido (capítulo 4), que debiera estar vedada a los economistas sin formación en neurociencias y cognición. El último capítulo del libro («10. De Smith a Blair: breves notas sobre la deriva de la izquierda actual»), netamente orientado al debate político, nos hace pensar en que la verdadera pretensión del libro es posicionarse

y suministrar argumentos a interés de parte respecto de la crisis de la izquierda, cuyo fundamento objetivo se situaría en la incompreensión de algunos mecanismos de la economía desde los años ochenta hasta el presente. La tercera vía, fundamentada en las ideas de los sociólogos Ulrich Beck en Alemania y Anthony Giddens en Gran Bretaña, adolece de falta de definición como consecuencia de no distinguir nítidamente entre «el liberalismo de la mano invisible del mercado y el liberalismo “smithiano”» (p. 108). Aún y presentando casos flagrantes de falta de libre mercado y de influencia del poder, Roncaglia, incurre en una idealización similar a la que se produjo con el comunismo, el dar por sentados que la izquierda gestionará lo público honradamente.